

## EL CONOCIMIENTO COMO UNA FUNCIÓN DEL SER

Por Aldous Huxley

Los fragmentos siguientes fueron tomados de la Introducción del libro *La Filosofía Perenne*, publicado por primera vez en 1944. La tipografía en cursiva y negrita se han agregado para darle énfasis.

\* \* \* \* \*

PHILOSOPHIA PERENNIS — Esta frase fue acuñada por Leibniz; pero no el asunto — la **metafísica**, que reconoce la Realidad divina como sustancial al mundo de las cosas, las vidas, y las mentes; la **psicología**, que encuentra en el alma algo semejante, o incluso idéntico, a la Realidad divina; la **ética**, que coloca la finalidad del hombre en el conocimiento del terreno inmanente y trascendente de todos los seres — el asunto es inmemorial y universal.

Los rudimentos de la Filosofía Perenne se encuentran entre las tradiciones de los pueblos primitivos de cada región del mundo, y en sus formas completamente desarrolladas están presentes en cada una de las grandes religiones. Una versión de este factor común más elevado, presente en todas las teologías precedentes y subsiguientes, se recogió en las escrituras de hace más de veinticinco siglos, y desde entonces el inagotable tema se ha tratado una y otra vez, desde el punto de vista de cada tradición religiosa, y en los principales idiomas de Asia y Europa.

El conocimiento es una función del ser. Cuando hay un cambio en el ser del conocedor, hay un cambio correspondiente en la naturaleza y la cantidad de conocimiento. Por ejemplo, el ser de un niño se transforma mediante el crecimiento y la educación en el de un hombre. Entre los resultados de esta transformación está un cambio revolucionario en las formas de conocer y la cantidad y el carácter de las cosas conocidas. Cuando el individuo crece, su conocimiento llega a ser más conceptual y sistemático en la forma, y su contenido en hechos e utilidad se incrementa enormemente. Pero estas ganancias se ven afectadas por un cierto deterioro en la calidad de cuanto abarca la comprensión inmediata, con un embotamiento y una pérdida del poder intuitivo. O considere también el cambio en el ser que un científico es capaz de inducir mecánicamente por medio de sus instrumentos. Equipado con un espectroscopio y un reflector de sesenta pulgadas, un astrónomo se convierte, en cuanto a la vista concierne, en una criatura sobrehumana y, como naturalmente debemos esperar, el conocimiento que posee esta criatura sobrehumana es muy distinto, en cantidad

y calidad, del que puede adquirir alguien que contempla las estrellas sin modificación alguna, con ojos meramente humanos.

Tampoco son los cambios en el ser fisiológico o intelectual del conocedor los únicos que afectan su conocimiento. Lo que nosotros sabemos depende también de lo que hemos escogido ser moralmente. “La práctica,” en las palabras de William James, “puede cambiar nuestro horizonte teórico, y esto ocurre de dos formas: puede llevarnos hacia nuevos mundos, y a la obtención de nuevos poderes. El conocimiento que nunca podríamos obtener siendo como somos, puede ser accesible en consecuencia de mayores poderes y de una vida más elevada, lo cual moralmente podemos lograr”. Para expresarlo sucintamente: “Benditos sean los puros de corazón, porque ellos verán a Dios”. Y la misma idea ha sido expresada por el poeta Sufi, Jalal-uddin Rumi, en términos de una metáfora científica: “El astrolabio de los misterios de Dios es el amor”.

La Filosofía Perenne se relaciona principalmente con el uno, con la Realidad divina esencial en el mundo múltiple de las cosas, las vidas, y las mentes. Pero la naturaleza de esta Realidad es tal, que no puede comprenderse directa ni inmediatamente, excepto por quienes han escogido cumplir con ciertas condiciones, haciéndose amorosos, puros de corazón y simples de espíritu. ¿Por qué debe ser así? Nosotros no sabemos. Esto es uno de esos hechos que tenemos que aceptar, tanto si queremos o no, a pesar de lo inverosímil y poco probable que nos parezca. Nada en nuestra experiencia diaria nos da razón alguna para suponer que el agua esté compuesta de hidrógeno y oxígeno, y aún así, cuando sometemos el agua a ciertos tratamientos bastante drásticos, la naturaleza de sus elementos constituyentes se manifiesta. En forma similar, nada en nuestra experiencia cotidiana nos da mucha razón para suponer que la mente de un individuo sensual prometido tiene, como uno de sus constituyentes, algo que se asemeja –o que es idéntico– a la Realidad sustancial del mundo múltiple; y aún así, cuando la mente se sujeta a ciertos tratamientos bastante drásticos, el elemento divino, del cual al menos en parte está compuesto, llega a manifestarse, no sólo en la mente misma, sino en su reflejo en la conducta externa, y hacia otras mentes. Es sólo haciendo experimentos físicos que podemos descubrir la naturaleza íntima del asunto y sus potencialidades. Y es sólo haciendo experimentos psicológicos y morales, que podemos descubrir la naturaleza íntima de la mente y sus potencialidades. En las circunstancias ordinarias de la vida sensual promedio, estas potencialidades de la mente permanecen latentes y no manifestadas. Para darnos cuenta de ellas, debemos cumplir con ciertas condiciones y obedecer ciertas reglas, que la experiencia ha demostrado que son empíricamente válidas.

En relación con los pocos filósofos y hombres de letras, no hay allí evidencia alguna de que hicieron mucho en la forma de cumplir con las necesarias condiciones por medio de un conocimiento espiritual directo. Cuando los poetas o los metafísicos hablan acerca del tema de la Filosofía Perenne, es generalmente como una referencia de segunda mano. Pero en cada época ha habido algunos hombres y mujeres que escogieron cumplir las condiciones por medio de las cuales, como un hecho empírico en bruto, ese conocimiento puede obtenerse de inmediato, y de éstos, apenas unos pocos han dado cuenta de la Realidad que así pudieron conocer, y han tratado de relacionar, en un amplio sistema de pensamiento, los hechos acontecidos en esta experiencia, con los de otras experiencias. A tales exponentes de primera mano de la Filosofía Perenne, quienes los conocieron generalmente les han dado el nombre de “santo”, “profeta”, “sabio” o “iluminado”. Y hay buenas razones para suponer que ellos —y no los filósofos u hombres de letras— sabían de lo que estaban hablando.

Es un hecho, confirmado y reconfirmado durante dos o tres mil años de historia religiosa, que la Realidad ultérrima no puede ser comprendida en forma clara ni inmediata, excepto por aquéllos que se convirtieron en todo amor, puros de corazón, y simples de espíritu. La auto-validada certeza del conocimiento directo no puede lograrse a partir de la naturaleza misma de las cosas, excepto por quienes estén equipados con la moral del “astrolabio de los misterios de Dios”. Si uno no es en sí mismo un sabio, ni un santo, lo mejor que puede hacer, en el campo de la metafísica, es estudiar los trabajos de quienes lo fueron, y quienes, debido a que modificaron su forma de obrar meramente humana, fueron capaces de tener un alcance y un conocimiento que está más allá de lo humano.

Traducción y Redacción: Eulalia M. Díaz